

¿Hacia la fase final del proceso de paz en Palestina?

EL 29 de septiembre se reanudaron por enésima vez las ene veces interrumpidas conversaciones de paz entre israelíes y árabes. Como en las ocasiones anteriores, Estados Unidos son los padrinos y garantes del proceso negociador. Sin su presión, Israel ni se hubiera sentado a negociar. Nada garantiza que se llegue a resultados a corto plazo, dado el enfrentamiento secular de las dos etnias abrahámicas y el mucho veneno que ambas se han inoculado a lo largo de medio siglo en todas las veredas de Tierra Santa. Los observadores más optimistas creen que se dan dos pasos adelante y uno hacia atrás; los más pesimistas, al contrario, que se avanza un paso para retroceder dos. Realmente, el análisis es muy complejo y cualquier predicción de resultados es arriesgada. No obstante, y con todas las reservas, nos atrevemos a aventurar que la paz es ahora más posible que nunca y que se puede estar produciendo, o haberse producido ya, un acercamiento sustancial entre judíos y palestinos. Los intentos anteriores (sobre todo la paz entre Israel y Egipto propiciada en los acuerdos de **Camp David** de 1979 y la renuncia al terrorismo por

parte de Arafat en 1988, que a la larga conduciría a la constitución de la anómalamente llamada «Autoridad Nacional Palestina»), mirados con perspectiva histórica, lejos del apasionamiento con que fueron rechazados por los radicales árabes que querían arrojar a los judíos al mar y por los extremistas judíos que se negaban a abandonar el Sinaí, parecen ahora jalones necesarios para llegar al actual punto decisivo.

Razones para el optimismo

LOS líderes moderados de uno y otro bando dicen con frecuencia que la paz es, a largo plazo, inevitable. Así parece reconocerlo el propio **Hamas**, al mismo tiempo que envía comandos suicidas para atentar contra los israelíes. El problema es que cada parte quiere imponer el propio diseño del futuro y no ha renunciado a dictar las cláusulas de la paz. Pero la realidad es más fuerte que los fanatismos y, a medida que pasa el tiempo, resulta cada vez más evidente que ninguno de los dos bandos tiene suficiente fuerza para imponerse al otro. Si no existe la posibilidad de vencer, es lógico terminar negociando sucesivos **modus vivendi** e ir avanzando por pasos hacia la convivencia normalizada. Ésta sería la principal razón, filosófica y práctica, para el optimismo: el que no existe más remedio que entenderse. Pero además otras razones parecen indicar que ahora el proceso se acelera de modo irreversible:

1. Por primera vez, se juega con la dialéctica del mercado. Uno de los mayores obstáculos a la paz es el problema de los asentamientos judíos en los territorios ocupados, sobre todo en la parte árabe de la ciudad de Jerusalén. El gobierno de **Netanyahu** ha relanzado esta política, que su antecesor había congelado, crispando nuevamente los ánimos de los árabes palestinos. Además de las 300 viviendas construidas en Éfrata y de varias más en Judea y Samaria (Cisjordania), lo que ha agravado profundamente la crisis es la promoción de más

de un centenar en el sector árabe de Jerusalén. El multimillonario judío **Moscovits** se ha gastado ya más de 700 millones de dólares en comprar suelo árabe a más del doble de su valor y está construyendo asentamientos en el valle del Cedrón, proponiéndose también llenar de urbanizaciones judías el valle de Hinnon. **Netanyahu** no oculta sus deseos de establecer un cinturón sanitario judío en torno a la ciudad santa, por lo que vería con buenos ojos que los agentes de Moscovits extendieran sus compras a varias aldeas árabes próximas. A estas provocaciones, los árabes no sólo han respondido con revueltas y atentados, como venían haciendo hasta ahora, sino que tratan de luchar en el mismo terreno y con las mismas armas de los judíos: las leyes universales del mercado y la competencia. Desde finales del siglo pasado, la principal arma secreta judía para desplazar a los árabes de Palestina ha sido la compra de las propiedades de éstos, a precios muchas veces desorbitados. Pues bien, los palestinos están empezando a replicar con la misma moneda: **Arafat** ha recibido de la monarquía saudí un primer adelanto de 300 millones de dólares para que agentes inmobiliarios árabes doblen sistemáticamente la oferta que Moscovits o cualquier otro judío puedan realizar. Para administrar estos fondos y los aún mayores que recibirán los palestinos, se ha creado el **Comité de Defensa de Jerusalén**. Los asentamientos venían a ser un justificante judío para no devolver territorios ocupados y constituían un límite a la fórmula «paz por territorios», que parece ser el vector básico de toda negociación. Al llevar a la guerra los talonarios, los árabes están obligando a los judíos a pagar el suelo a precios hasta diez veces superiores a los del mercado, por lo que es lógico pensar que pronto las dos partes buscarán el acuerdo para salir de una dinámica que les conduce a la ruina.

2. La Autoridad Nacional Palestina camina de modo irreversible a territorializarse en toda Cisjordania. Arafat, con algunas limitaciones, es

realmente un Jefe de Estado y funciona como tal. El inicial territorio discontinuo (Gaza y Jericó) es visto por prácticamente todos los estados como un territorio incompleto y el título que ostenta («Autoridad Nacional Palestina») como algo extraño al derecho político y, por tanto, provisional. Parece existir un acuerdo secreto en el que participan las diplomacias de Estados Unidos, Jordania e Israel para extender a toda Cisjordania el mandato de la Autoridad Nacional Palestina que, en ese momento, cambiaría su denominación por el de «Estado Palestino». En este contexto cobran especial relevancia dos medidas: el que Israel haya cedido ya la mitad de la recaudación tributaria al gobierno de Arafat y el que existan dos comités negociadores de clara significación territorial. El primero estudia la construcción de un aeropuerto y un puerto de mar internacionales en Gaza, y el segundo plantea diversas medidas para garantizar la libre circulación entre Gaza y Cisjordania. Los judíos preferirían dar salvoconductos, los palestinos piden un corredor; cualquiera que sea la fórmula a que se llegue, parece que nos encaminamos, a cortos pasos, y con la anuencia del monarca jordano, hacia la conversión de los territorios de ocupación en territorios del Estado Nacional Palestino, por más que los partidos ortodoxos judíos clamen y sigan soñando con la construcción del Gran Israel bíblico. Esta perspectiva estructural no escapa a los negociadores de coyuntura, por lo que es razonable esperar progresos serios en las conversaciones que se están llevando a cabo entre la Secretaria de Estado norteamericana **Ms. Albright**, el ministro de Exteriores israelí **David Levy** y el representante del pre-estado palestino **Mahmud Abbas**.

3. **En el nuevo orden mundial resulta contradictoria la existencia en Palestina de un conflicto permanente.** La mayoría de los ciudadanos estadounidenses y europeos cree que el principal peligro de conflagración proviene del fundamentalismo islámico. De ahí que se trata de combatirlo por todos los medios:

con la constitución en la mano en Turquía; con extraordinarias medidas políticas en Egipto; con una perversión de la democracia y del Estado de Derecho en Argelia; mediante cinturones sanitarios en Irán y repúblicas centroasiáticas de la extinta URSS; mediante la guerra abierta en Afganistán, etc. La persistencia del conflicto en Palestina constituye probablemente el principal alimentador de este fundamentalismo, revitalizando partidos muy fanatizados como **Hezbollah**, **Yihad** o **Hamás**. Sería absurdo que, mientras tanto esfuerzo se hace por aislar o erradicar los brotes integristas dentro de los países musulmanes, se fomentara ese mismo integrismo manteniendo abierto un conflicto que alimenta ideales de guerra santa y proporciona mártires como semilla de nuevos fundamentalistas. De ahí la gran presión a que es sometido Israel por parte de Estados Unidos, que se halla comprometido en el proceso de paz en ambos lados de la mesa negociadora. Además, por primera vez desde 1947, el «lobby» judío de Nueva York ha considerado «excesiva e inapropiada» la política de asentamientos y determinadas medidas represivas tomadas por el Estado judío, con lo que el presidente norteamericano ya tiene vía libre para hacer lo que la razón política le aconseja: presionar a Israel hacia la paz hasta un punto de no retorno.

4. Crece dentro de Israel la oposición a que continúe la ocupación de los territorios conquistados. Se conoce por la prensa el grupo denominado **Mujeres de Negro**, que cada viernes se manifiesta en la plaza de Francia de Jerusalén contra la guerra que Israel mantiene en el Sur del Líbano, contra la política contumaz de asentamientos y contra la falta de garantías frente a la actuación de la policía israelí. A dicho grupo pertenece **Nourit Peled**, que el día 4 de septiembre perdió en atentado terrorista una hija de catorce años y que, a pesar de ello, ha reanudado con mayores bríos sus acciones en favor de la paz. Del mismo signo que las **Mujeres de Negro**, son el **Bloque de la**

*Paz y otros grupos cada vez más numerosos e influyentes, que han decretado el boicot comercial a los productos procedentes de los asentamientos judíos en territorios ocupados y realizan fuertes campañas de publicidad bajo el lema **La paz es mejor que el Gran Israel**. Esta presión interna, unida a la que externamente ejerce Estados Unidos, terminará por doblegar las fuerzas inerciales de la guerra y, sin duda, al berroqueño Netanyahu.*

*5. Un cúmulo de circunstancias, aparentemente contrarias a la paz, han reforzado paradójicamente la posibilidad de ésta. Arafat, obligado por la presión internacional, por las amenazas de Israel de tomarse la justicia por su mano y, probablemente también por sus propios intereses (sabe que, si no controla a Hamas, éste terminará por destruirlo) ha ido cambiando su política de maridaje secreto con Hamas por una acción represiva contra los activistas de dicho grupo. En las últimas semanas la autoridad palestina ha encarcelado algunas decenas de militantes de Hamas y ha cerrado varios de sus locales. Esto ha hecho arreciar las acusaciones de traidor contra Arafat y ha debilitado su posición, puesto que el dirigente palestino se encuentra ante un dilema destructivo: si persigue a Hamas, pierde carisma y poder entre los suyos; si no se enfrenta, corre el riesgo de ser aplastado por el ejército judío, que alardea de «estar preparado para cualquier eventualidad, incluida la ocupación de Jericó o Gaza». La mejor carta actual de Arafat es la paz con Israel, pues acallaría la discrepancia interna y le proporcionaría seguridad frente a Israel. En el bando judío, la situación de Netanyahu es también muy complicada. A los celos que inspira su sionismo, se une el asunto de los dos espías del Mossad, descubiertos poco después de haber envenenado a **Jaled Mishal**, representante de Hamas en Jordania. Las relaciones con Jordania se han deteriorado, la comunidad internacional ha condenado estas prácticas y, dentro de Israel, el laborismo acusa a Netanyahu de haber quebrado la*

credibilidad ganada con los presidentes anteriores, y los partidos ortodoxos le reclaman responsabilidades por la chapuza del Mossad. Es decir, Netanyahu, lo mismo que Arafat, se encuentra debilitado ante el exterior y ante el interior. Una paz rápida le garantizaría futuro político que, de otro modo, se le ha tornado muy incierto. De ahí que ambos dirigentes se hayan entrevistado a toda prisa y se hayan convertido, casi de la noche a la mañana, en los principales adalides del proceso hacia la paz. Y no se trata, al parecer, de retórica, sino de hechos fehacientes: los ocho comités negociadores están estudiando el modo de solucionar satisfactoriamente todos los puntos de enfrentamiento: congelación de los asentamientos, utilización de las aguas, derechos de residentes de cada bando en áreas bajo administración del otro, pasos ulteriores, etc.

Las razones para el pesimismo

LAS pinceladas anteriores son inferencias lógicas de una lectura reposada del estado actual de la cuestión palestina. Pero no cabe duda de que también admite otras lecturas menos esperanzadoras. Basta repasar algunos hechos para tomar conciencia de los grandes obstáculos estructurales y coyunturales que es necesario vencer para llegar a la paz:

** La distancia económica, social y organizativa entre judíos y palestinos hace que estos últimos negocien en condiciones de inferioridad. Aunque no es sólo eso, el proceso palestino, con **intifada** incluida, tiene mucho de enfrentamiento de clase. Además de componentes étnicos y religiosos, es en gran medida un proceso social dialéctico, de muy difícil liquidación. Puede llegar un momento en el que, humillados y decepcionados, los árabes den un puñetazo en la mesa y se retiren de la negociación.*

** Siria, que no está dispuesta a verse territorialmente amputada, maniobra diplomática y guerrillera para*

impedir la paz en cualquier dirección, si previamente no recupera los altos del Golán.

** Los sectores radicales, aunque minoritarios, tienen capacidad suficiente para destruir en minutos los avances logrados por los negociadores en varios años. Una bomba en un autobús, una amenaza en un mercado, replantean inmediatamente la eficacia de las negociaciones. En ese sentido, el camino hacia la paz en Oriente Medio pasa necesariamente por el control del radicalismo de Hamas y de los ultraderechistas judíos. Si las autoridades no son suficientemente fuertes para controlarlos, el proceso de paz puede ser engullido en cualquier momento.*

A pesar de todo, las circunstancias se han vuelto más favorables y, aunque el proceso de paz es sinuoso y a veces caótico, parece que estamos llegando al último nudo. Debemos felicitarnos de que, al fin, pueda nacer en la atormentada Palestina un espacio de convivencia que contradiga la secular historia de enfrentamientos entre Isaac e Ismael.